

Armando Bazán

Vida y obra del maestro Enrique Molina



CHILE no fue durante el largo período de la Conquista un país de vastas cuencas mineras, un país que atrajera acentuadamente el interés de los primitivos conquistadores españoles. Después de la fracasada expedición de Almagro, pasaba por ser un país pobre. Y esa circunstancia fue la que hizo en cierta forma la suerte de su porvenir. Porque, a cambio de cuencas mineras, tenía un clima suave en su mayor extensión y un suelo fácil para su cultivo y para su intercomunicación ya fuera por vía de tierra o de mar. De modo que el hombre nacido de la Conquista, mezcla de araucano y de mapuche por un lado, y de andaluz y de extremeño por otro, continuó siendo, como sus ancestros, agricultor sin dejar por eso de ser guerrero. Y esto quiere decir que el chileno tuvo que ser un hombre constante en su esfuerzo, disciplinado y emprendedor. Posteriormente, a fines del siglo XVIII, la inmigración vasca y, a fines del siglo XIX, la inmigración germana, no vinieron más que para acentuar tales características.

En estas circunstancias estriba a mi parecer el hecho de que a partir de la Independencia, la vida política y social de Chile, de lo que constituía la nación chilena (1) llamada a prolongarse en su

(1) Los araucanos permanecieron al margen y guerreando contra la nación que a la larga los absorberá completamente.

sangre y en sus instituciones, presentaba junto al caos republicano del Perú y Bolivia, ejemplo, o junto a los regímenes tiránicos de la Argentina y el Paraguay, un cuadro más o menos equilibrado y armonioso de liberalismo.

Y a este régimen de libertad democrática corresponde el florecimiento agrícola e industrial visible en las vastas extensiones de sus campos, en su eficientísimo sistema de vías férreas, en sus innumerables ciudades y puertos; corresponde la variada lista de sus grandes hombres: guerreros como O'Higgins y Bulnes, políticos como Portales y Balmaceda, historiadores, maestros, novelistas como Barros Arana, Vicuña Mackenna, Lastarria y Blest Gana. Larga y variada lista llamada a enriquecerse con los nombres ilustres de nuestros días y en cuya primera línea junto a los del estadista Arturo Alessandri, del historiador Francisco A. Encina, de la escritora Gabriela Mistral, se encuentra el nombre del fundador de la Universidad de Concepción, escritor y maestro, Enrique Molina.

* * *

Esta larga banda de territorio que va de Punta Arenas a Arica, presenta a la observación del viajero los más variados tipos de paisajes, de ambientes y de conglomeraciones humanas. Hay en el sur ciudades y pueblos como Osorno y Puerto Varas que hacen pensar, por la nota moderna de su arquitectura, por las brumas de su atmósfera, en ciertas ciudades de la costa germana; hay en la región central otras ciudades que por la simetría de sus calles y avenidas, y por la pulcritud y el orden de sus parques y jardines, por la solicitud graciosa de sus gentes, toman la apariencia de pueblos vascos franceses; hay, por último, otras que por la luz de su cielo, la policromía de su flora y el aspecto añoso de su arquitectura más o menos colonial, parecen exactamente pueblos de Extremadura o de Andalucía. A este último grupo de ciudades pertenece La Serena, fundada por Valdivia en los primeros lustros de la Conquista. Y así como Chillán, por ejemplo, dio a la historia guerreros y políticos renombrados,

y así como Santiago dio y da grandes novelistas e historiadores, así, La Serena ha sido cuna de grandes poetas y escritores.

Esta ciudad de clima suave y benigno, constantemente embalsamada de claveles y de rosas, aparece como si estuviera reclinada en un lecho de verdura entre colinas que arrancan de la misma costa, perennemente arrullada por el mar. Su cielo es un éxtasis azul y radiante.

El maestro Molina pinta de este modo a su ciudad natal: "Situada a menos de una legua del mar, vive La Serena arrullada por el ronco bordoneo de las olas. Desde cualquier sitio despejado de la ciudad y más bien desde las calles altas se divisa la sábana azul o gris del océano, como un declive hacia lo infinito. Su rumor es un acompañamiento constante, suele ser lo único que se oye de día y sobre todo de noche, en el silencioso ambiente.

"Lo irregular de las calles y el hecho de que la ciudad se desplace sobre la colina de Santa Lucía, y una parte inmediata vaya al mar, presta a la población un aspecto pintoresco de que carecen los más de los pueblos de Chile. Se encuentra ella limitada al norte por el río Coquimbo, de muy escaso caudal en todo tiempo, del cual la separa un escarpado talud, lo que hacía que por ese lado a la última calle se la llamara Barranca del Río así como la correspondiente por el lado oeste llevaba el nombre de Barranca de Mar. Las bellas perspectivas sorprendían al paseante a cada momento. Las viejas iglesias, relativamente muy numerosas, aparecen más de una vez en el fondo de una calle, algunas de ellas con sus altas torres, como la de San Francisco, que era motivo de admiración para todos los muchachos de mi tiempo. Los terremotos en el presente siglo la han reducido a cerca de la mitad de la altura que tenía entonces".

En tal cuadro de naturaleza vieron la luz del día hacia fines del siglo pasado o a principios de este siglo los poetas Pablo Garriga, Manuel Magallanes M., Carlos Mondaca, Víctor Domingo Silva, Julio Vicuña Cifuentes, Julio Munizaga Ossandón, Fernando Binignat. Allí nacieron también la autora de *Desolación* y el autor de *Por los*

valores espirituales, es decir: el mayor poeta y el mejor filósofo de Chile contemporáneo.

La ascendencia de Enrique Molina (2) proviene de troncos peninsulares, vascos y castellanos. Su padre, don Telésforo Molina, se dedicaba a las actividades de la escribanía. En el hogar alumbraba la devoción de una mujer ejemplar, doña Mercedes Garmendia, tallada en las más nobles tradiciones de raza y a quien el niño, cuando sólo tenía cuatro años de nacido, tuvo la desgracia de perder.

Por esos años, de 1870 a 1890, La Serena, a pesar de su abolen- go, vivía en un atraso cultural notable: gran número de templos; pero, sólo un liceo y dos escuelas. Tres centros de enseñanza cuya visión era para los chiquillos tan poco amable como la de los "pacos" que no les dejaban jugar libremente en media calle. Recordando aque- llos años el maestro escribe a propósito de su iniciación escolar:

"Ingresé a la Escuela Pública de Niñas que dirigía la señorita Juana Nepomucena Lobos. Era el establecimiento educacional que go- zaba de mayor prestigio en la ciudad. Hacía las veces de un liceo fiscal de niñas, que aún no se había fundado, y a él concurrían las hijas de las mejores familias de La Serena y algunos muchachos se- leccionados. La señorita Lobos disfrutaba de unánime estimación por la dulzura de su carácter, su porte sereno, sus virtudes y su competen- cia. Se la llamaba con singular cariño misiá Ita y dejaba la impresión de que, haciéndose siempre respetar, no podría irritarse con nadie ni nadie irritarse con ella.

"El caserón de la escuela era destartalado y pobre y no ostentaba mayor lucimiento su mobiliario e instalaciones. Pero mi arribo a ella fue como la llegada a un oasis para quien ha vagado sufriente y desorientado por desiertas y secas soledades. Obraban el milagro almas femeninas, abnegadas, afectuosas y comprensivas. Mi sección estaba a cargo de misiá Pepita, una niña de mediana estatura, más bien delga- da, de movimientos ágiles y ligeros, muy simpática y sumamente bon- dadosa. ¡Cuánto la queríamos sus alumnos! Un día nos anunciaron

(2) Nació el año 1871, el 4 de agosto.

que no vendría más porque se había entrado de monja. Tuvimos una gran pena y todos lloramos. Lágrimas de niños, prontas para brotar y prontas para secarse, pero lágrimas al fin”.

Algunos maestros de aquel tiempo no se distinguían precisamente por su trato cordial con los alumnos. Leamos lo que él mismo nos dice de uno de ellos:

“Esta vez quedé incorporado al curso superior de la sección preparatoria. Debo anotar que por desgracia el profesor no manifestaba ningún afecto por sus alumnos y parecía al contrario complacerse en atemorizarlos y hasta martirizarlos. Usaba patilla redonda y gesto habitual suyo era llevársela con la mano derecha a la boca para chuparla. Con frecuencia aplicaba el castigo de poner de rodillas —por lo demás corriente en aquel tiempo— ya fuera en la sala de clases o afuera en el corredor inmediato; y agachándose un poco, como el animal que acecha una presa, mordiéndose la patilla, miraba con fruición sádica a los castigados. Los métodos seguían siendo deplorables”.

El alumno Enrique Molina que da muestras de ser extraordinariamente sensible y de tener una magnífica memoria, no olvidará tampoco más de un episodio pintoresco de su vida liceana en que se mostrará la ineptitud y torpeza de los malos pedagogos. Recordará, por ejemplo, que un buen día, otro profesor de la sección preparatoria le hace salir al pizarrón y le ordena escribir cifras de millones para hacer con ellas una división. El pequeño que nunca ha recibido ninguna enseñanza al respecto, se queda mudo, paralizado. Y el profesor, lo mismo; pero de rabia. Luego hace llamar al portero y ordena tronante: —Molina, al encierro—. Ya en el estrecho y húmedo calabozo, el niño tiene que permanecer dos horas interminables. Pero, a pesar de que ya sabe lo que es la meditación, no logra naturalmente dar con la regla matemática que tantos siglos costara a los hombres descubrir. Lo más grave es que el procedimiento inhumano se repitió dos veces más. Hasta que bajó por fin a la frente del *dómine* una milagrosa inspiración: cumplir con su deber, enseñar. El alumno aprendió entonces al vuelo y las dificultades terminaron.

Por lo demás, refiriéndose a sus estudios de humanidades nos dice: "Pero ¿qué tenían de humanidades esos estudios? Desde luego, nada de griego ni de latín. Según entiendo el griego no había figurado jamás en los planes de estudio de nuestros liceanos y el latín fue suprimido hacia 1870 por los pujos progresistas de algunos dirigentes, entre los que no faltaban ilustres hombres de letras como don Augusto Orrego Luco y don Benjamín Vicuña Mackenna, que más tarde manifestaron arrepentimiento de lo que habían hecho. De idiomas vivos, aunque sólo eran obligatorios dos, estudié tres: francés, inglés y alemán. Obtuve distinciones en todas las pruebas de ellos, pero salí sin saber traducirlos y menos hablarlos, meta que ni aún hoy con los perfeccionados métodos se alcanza. Adquirir la capacidad de traducirlos fue una faena que más tarde me impuse a mí mismo en años sucesivos. Además, un poco de historia y geografía, de literatura y filosofía, de aritmética, álgebra y geometría. Superando el concepto de las humanidades clásicas, la reforma propulsada por don Diego Barros Arana en el decenio del 60 había introducido en el plan secundario las ciencias naturales, física y química y cosmografía. Todo estudiado ejercitando especialmente la memoria, y en forma reducida la reflexión y la actividad propiamente tal de los educandos".

Por otra parte, refiriéndose a su cultura general declara:

"De las lecturas que hice mientras fui liceano como las que dejaron más huellas en mi espíritu debo mencionar: *Don Quijote*, *Gil Blas de Santillana*, *Los viajes de Guilliver*, *Pablo y Virginia*, *Ivanhoe*, y otras novelas de Walter Scott, el *Conde de Montecristo*, *Los tres mosqueteros*, y una reducida historia de *Carlo Magno y de los Doce Pares de Francia*, pequeño libro de caballerías que nos enardecía de entusiasmo con las hazañas de Oliverio, Roldán, el gigante Fierabrás y otros héroes. De un viejo estante de abuela materna saqué un *Almacén de los niños*, con cuentos deliciosos, las *Aventuras de Telémaco*, de Fenelón, y la *Aritmética en el amor* y *Martín Rivas*, de A. Blest Gana, libros que leí con fruición".

La enseñanza en provincias era francamente deplorable. Sin embargo, Chile continuaba su lenta evolución. Federico Errázuriz Zañartu, miembro del Partido Liberal, ejerce la Presidencia de la República y su gestión tiende a desarrollar principalmente las actividades económicas y culturales del país; por eso al mismo tiempo que prolonga las líneas férreas de Angol, levanta, entre otros edificios, el de la Universidad de Chile. Por otra parte, se establece legislativamente que todo ciudadano tendría "La renta necesaria para inscribirse en el Registro Electoral con sólo saber leer y escribir". Mejores signos sociales no podían acompañar el nacimiento y la infancia de un espíritu que con el tiempo sabrá honrar como pocos hombres a la institución universitaria, a la cultura y a la libertad humana.

Cuando el adolescente, más inclinado a la meditación libérrima que al estudio impuesto, frecuente las aulas del liceo, en el ambiente nacional están comenzando las llamadas luchas teológicas que tuvieron como resultado la libertad de enseñanza, el matrimonio civil, la separación de la Iglesia y el Estado. Tales luchas teológicas, al prolongarse durante muchos años, tendrán en ese escolar de La Serena uno de sus más brillantes adalides.

El gobierno de Aníbal Pinto, que sucedió al de Errázuriz Zañartu, tuvo que afrontar el más grave problema internacional de la historia chilena y que culminó con la llamada guerra del Pacífico.

La generación chilena a la que pertenece Enrique Molina se inició, pues, en la vida intelectual, bajo los auspicios de una gran conquista en el camino de las libertades del pensamiento y caldeada, posteriormente, por el fragor bélico de su nación.

El triunfo más o menos rápido de las armas chilenas, produjo en Chile otra vez un fenómeno de florecimiento interno semejante al que se había producido unos cincuenta años antes, cuando Bulnes retornó también vencedor después de haber desbaratado los ejércitos de la Confederación Perú-Boliviana. Esta vez la posesión integral y la explotación de las salitreras venían a incrementar el tesoro nacional en forma aún más abundante que el descubrimiento de las minas

de Chañarillo y el comercio marítimo con California, iniciados durante la presidencia del vencedor de Yungay.

Este bienestar económico y, sobre todo, el desarrollo de la técnica industrial impulsaron a su vez, como ha sucedido en todos los países de la tierra, el progreso de la instrucción pública. Para disponer de obreros eficientes en talleres y fábricas se hace necesario alfabetizar a los ciudadanos. Y la alfabetización sólo se opera sistemáticamente en las escuelas a lo largo del territorio.

Esta fundación de escuelas, al principio más o menos imperfectas, fue, junto con otras circunstancias favorables, como la inmigración forzada de ilustres maestros y escritores argentinos, lo que haría de Chile, en el transcurso de medio siglo, el país con mayor standard de cultura de América Latina. Ya veremos posteriormente hasta qué punto está unida a esta cultura la obra del ex Rector de la Universidad de Concepción.